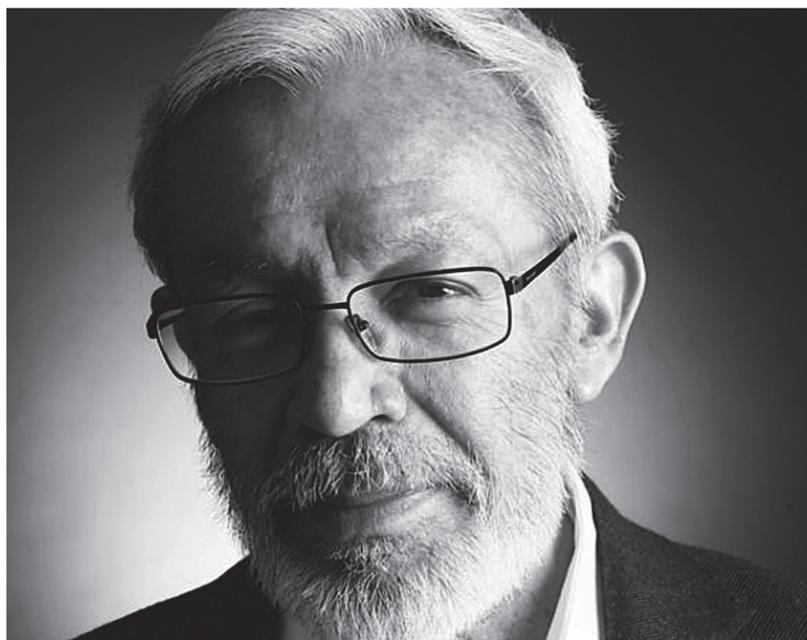




M. Á. G. C.
MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA
(1941-2011)

M Á G C
MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA
(1941-2011)

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA
(1941-2011)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE DERECHO
ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA



Miguel Ángel Granados Chapa (1941-2011)

De los textos: ©Los autores, 2012

Primera edición: 2013

© D.R. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

FACULTAD DE DERECHO

Prohibida su reproducción parcial o total por
cualquier medio, sin autorización escrita de su
legítimo titular de derechos.

ISBN: 978-607-02-4429-2

Impreso y hecho en México

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles

RECTOR

Eduardo Bárzana García

SECRETARIO GENERAL

FACULTAD DE DERECHO

María Leoba Castañeda Rivas

DIRECTORA

Miguel Ángel Rafael Vázquez Robles

SECRETARIO GENERAL

Alberto J. Montero

ASESOR EDITORIAL

Claudio Vázquez Pacheco

EDITOR

**CONSEJO GENERAL EDITORIAL DE LA
FACULTAD DE DERECHO**

Eduardo Luis Feher Trenchiner

Leonardo Vargas Sepulveda

Russell Cerón Grajales

Rosalío López Durán

Alberto J. Montero

PRESENTACIÓN

Miguel Ángel Granados Chapa nació el 10 de marzo de 1941, en Mineral del Monte, Hidalgo. Estudió paralelamente las carreras de Derecho y de Periodismo en la UNAM, para después cursar los estudios de doctorado en Historia en la Universidad Iberoamericana.

Pensador crítico y periodista agudo e incisivo, símbolo del oficio y ejemplo de trabajo ético. Desde hace más de cuarenta años participó en diversas publicaciones, entre ellas destacan los diarios de *La Jornada* y *Reforma*, así como la revista *Proceso*. En todas ellas plasmó sus ideas de manera impecable.

En 1977 comenzó a publicar la columna “Plaza pública” en la revista *Cine Mundial* y se reprodujo en media docena de publicaciones. Con el mismo nombre, dirigió un programa en Radio UNAM, haciendo manifiesto el lugar especial que le asignó siempre a la Universidad. Escribió las columnas “La Calle. Diario de un Espectador” en *Metro*, e “Interés público” en el semanario *Proceso*.

Durante su trayectoria profesional experimentó y vivió diversas responsabilidades, entre éstas, la de subdirector editorial de *Excélsior* en 1976; director de la revista *Proceso* de 1976 a 1977; jefe de los noticieros del Canal 11, también en 1977; director de Radio Educación, entre 1978 y 1979; director de *La Jornada*, entre 1988 y 1990, y director de la revista *Mira*, de 1990 a 1994.

Su actividad como escritor rindió frutos al ser autor de diversas obras, tales como: *La Banca nuestra de cada día* (1982); *Alfonso Cravioto, un liberal hidalguense* (1984); *Votar, ¿para qué? Manual de elecciones* (1985); *Comunicación y política* (1986); *¡Nava sí, Zapata no! La hora de San Luis Potosí: crónica de una lucha que triunfó* (1992); *¡Escuche Carlos Salinas!* (1996); *Constancia hidalguense* (1999) y *Fox&Co. Biografía no autorizada* (2000).

En 1994, su prestigio de periodista independiente le permitió ser designado Consejero Ciudadano del Instituto Federal Electoral, y su constante interés por aportar y participar en la incipiente democracia mexicana, lo llevó a incursionar en el ámbito político, al postularse y ser candidato por el Partido de la Revolución Democrática a la gubernatura del Estado de Hidalgo en 1999.

A lo largo de sus más de cuarenta años de trayectoria, Miguel Ángel Granados Chapa se ha hecho merecedor de innumerables reconocimientos, entre doctorados *honoris causa* y premios nacionales, algunos de los cuales son: en 1981 El Premio Nacional de Periodismo de México, por artículo de fondo; en 2002 el Premio Universidad Nacional, en la categoría de Creación Artística y Extensión de la

Cultura; en 2004, el Premio Nacional de Periodismo de México, por trayectoria periodística; el Premio a Mejor Columna Periodística del Certamen Nacional del Periodismo, otorgado por el Club de Periodistas de México A. C.; en 2009 el doctorado *honoris causa* por la Universidad Autónoma Metropolitana; el Premio Nacional de Periodismo Carlos Septién Gracia 2011, el cual fue concedido de manera póstuma.

Miguel Ángel Granados Chapa destacó por su puntual manejo del lenguaje en sus escritos, lo cual le valió su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua en febrero de 2008, cuando fue electo como Miembro de Número, tomando posesión de la silla xxix, el 14 de mayo de 2009. En su discurso destacó la importancia de la libertad de expresión y el buen uso del idioma español.

Por su papel en la vida social y académica, así como por su constante lucha por la defensa de la libertad de expresión y la justicia en México, en 2008 recibió la Medalla Belisario Domínguez del Senado de la República, impuesta por el presidente Felipe Calderón Hinojosa.

El 14 de octubre de 2011, en su última columna Plaza pública del diario *Reforma*, titulada “De coalición a coalición”, el periodista aprovechó para despedirse de sus lectores y cerrar uno de los ciclos más fructíferos de su vida:

Es deseable que el espíritu impulse a la música y otras artes y ciencias, y otras formas de hacer que renazca la vida, permitan a nuestro país escapar de la pudrición, que no es destino inexorable. Sé que es un deseo pueril, ingenuo, pero en él creo, pues he visto que esa mutación se concrete. Ésta

es la última vez en que nos encontramos. Con esa convicción digo adiós.

De esa manera, anunció su retiro del periodismo.

Finalmente, el periodista, abogado, historiador y analista político, Miguel Ángel Granados Chapa, falleció la tarde del 17 de octubre, a los 70 años de edad, luego de una larga lucha contra el cáncer que inició en 2007.

El 7 de diciembre de 2011, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, con la colaboración del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, efectuó un homenaje en su honor con la participación del doctor Jaime Labastida, doctor Ruy Pérez Tamayo y del maestro Vicente Leñero.

Fernando Serrano Migallón

ORACIÓN FÚNEBRE POR MIGUEL ÁNGEL

Fuimos un tiempo, un poco, como hermanos, si por hermandad se entiende una amistad a prueba de tropiezos y no esa misteriosa identidad de sangre que evoca y equivoca los años vividos en familia, los juegos que jugamos cuando niños, los padres compartidos, la misma educación, la misma mesa, igual dolor cuando mueren papá, mamá, nuestra hermana mayor y se abre la distancia inevitable que triza aquella vida cotidiana para dejar tan sólo los recuerdos grabados en color o en blanco y negro en un álbum de fotos.

No fuimos hermanos en la sangre Miguel Ángel Granados Chapa y yo. Eso es lo que quiero decir. Fuimos hermanos, sí, por algún tiempo. No demasiado tiempo, ni siquiera dos lustros. Pocos años, muy pocos, pero intensos porque vivimos, compartimos, la prisa periodística del *Excélsior* de Scherer.

Él era originario de Pachuca, hijo de un umbroso ejidatario, parece que cabrón, y de una maestra

milagrosa que lo cuidó a cabalidad: doña Florinda. Mucho tardé en saber los avatares que tuvo que vivir para llegar a ser quien era cuando lo conocí. Nunca hablábamos de eso. No era tema de plática de un hombre misterioso de por sí.

Ya andaba de barbón cuando llegué de pronto a la oficina donde yo trabajaba: un pelambre espeso que le cubría los pómulos. Alguna vez después —dicho sea entre paréntesis— Jesús Reyes Heróles, don Jesús, le preguntó en una comida: *¿Sabe a quién me recuerda usted con esa barba?* Y respondió el propio don Jesús con risa socarrona: *A Guiza y Azevedo*. No sé quién recuerda ahora a Jesús Guiza y Azevedo que en el año cincuenta y seis ocupaba la primera silla de la Academia Mexicana de la Lengua y que se había ganado fama de escritor derecho. Por eso Miguel

Ángel entendió la pulla como ofensa. *Me llamó derecho*, se quejó conmigo cuando abandonábamos el restorán. *Te lo dijo nada más por la barba*, le repliqué para calmarlo. *Me llamó derecho, conservador*, insistió con vehemencia y no escuchó razones para cambiar de idea, terco y susceptible como era.

También Julio Scherer lo instaba a rasurarse: *La barba lo envejece, no crea que lo embellece, licenciado*, le decía a cada rato. Pero Miguel Ángel “contreras” la conservó por siempre: negra y poblada, sin *fling*, hasta que se le fue encaneciendo como la de un santaclós prematuro. La volvió imprescindible, imagen significativa de su personalidad.

De igual modo lo distinguía ese andar siempre de traje y de corbata, fuera cual fuera la ocasión: correcto y elegante, limpiísimo el calzado. *Me gustaría verte alguna vez de chamarra, ¡carajo!*, lo fustigaba yo. *No puedo darme ese lujo*, respondía, *no soy como tú*: zaparrastroso, quiso decir tal vez.

La gestualidad era otro sello peculiar: ese ademán de poner el pulgar en escuadra con el índice enmarcando su rostro como si le pesara, o el índice picando de continuo el puente de sus lentes en algo semejante a lo que podría ser un tic.

Para sus fieles radioescuchas su voz, rumiada y espesa, con pausas demasiado prolongadas de quien piensa y duda mientras habla, lo hacían localizable de inmediato al sintonizar Radio UNAM.

Poco reía Miguel Ángel, jamás a carcajadas, poco sí en esos viejos tiempos cuando iba a comer y a beber tragos con Hero Rodríguez Toro, con Ricardo Garibay, con Miguel López Azuara o Samuel del Villar. Era un lector fanático de Garibay, solamente Julio y él soportaban a Ricardo de tan cho-cante y repelón que era, y aprendió de Ricardo a ejercer la ironía y el sarcasmo feroz contra propios y extraños, otro rasgo febril de Miguel Ángel.

Le gustaba la música. Se sabía de memoria baladas y boleros. Los Diamantes, Los Panchos, María Greever. No era en el fondo-fondo tan solemne como todos creíamos y en lo oscuro vibraba con latidos de llanto un corazón de niño castigado.

Su dotada memoria, de saberse los nombres con sus dos apellidos, de recordar las fechas, de ubicar los sucesos, lo que hizo éste o aquél en el pasado —ya lo han escrito todos sus amigos— sólo

era comparable para mí a la de Juan José Arreola *el Taumaturgo*.

A veces, en *Proceso*, Miguel Ángel dictaba sus artículos a la añorada secretaria Elena Guerra con puntos y con comas —*eso debe ir con altas*— sin distraerse un gramo a pesar de los ruidos y del trajín reporteril. *Habla como escribe y escribe como habla*, dijo en una ocasión Ricardo Rocha. Con la fluidez de un notario, me atreví a criticarlo yo, pero con extrema precisión, con asombrosa coherencia —no en balde fue académico de la lengua—, sin necesidad alguna de colores y calores o metáforas.

Su estilo periodístico era el ir a lo que iba en párrafos medidos con claridad de profesor estricto. A nadie zahería con epítetos ruines; a sus más criticados respetaba. Y aunque uno hubiera querido una pizca quizá de desenfado, de juego literario, de libertad verbal, él prefería seguir en línea recta fiel a su imagen y a su personalidad. El estilo es el hombre y él era así: empecinado y frío.

Cierro por fin este largo paréntesis y vuelvo a lo que estaba diciendo: A nombre del señor Julio Scherer García, Miguel Ángel llegó por la mañana a un tercer piso de la calle Morelos esquina con Balderas donde yo trabajaba en *Claudia*, una revista femenina que me permitía vivir económicamente. No me iba mal. Estaba bien. Tenía una paga suficiente. No sé qué tanto Miguel Ángel habló con Julio Scherer, ignoro qué tanto razonaron o dijeron, el caso es que les dio por hacerme caer en tentación para que yo me fuera lo más pronto posible a la cooperativa *Excélsior*. No como arti-

culista de planta, desde luego —tuve que escribir artículos después para completar el sueldo— ni como reportero de cultura o espectáculos con Deschamps o Ricardo Perete. Me querían para un trabajo descomunal, pensé: echar a andar la enésima restructuración de *Revista de Revistas*, el semanario que dirigió don Rafael Alducin antes de fundar *Excélsior*. Ciertamente era un toro difícil de lidear —habría dicho Carlos Septién— pero significaba para mí, sencillamente, hacer periodismo en serio.

Acepté de inmediato —con jaloneos de mis jefes de *Claudia*— y corrí a Reforma dieciocho a elaborar el proyecto de esa nueva *Revista de Revistas* como le dimos en llamar para que fuera nueva de verdad.

Pero en Reforma dieciocho no había oficina alguna, ni siquiera un rincón o un escritorio para mí. ¿Dónde diablos trabajo?, le pregunté a Granados. Me informó que estaban por remodelar oficinas para el semanario en el edificio de junto, al lado de las que ya tenía Octavio Paz en su *Plural*. Pero ahora ¿en dónde?, insistí. Y como no había manera de encontrar un espacio, Miguel Ángel me prestaba, sin reparos, su propio escritorio durante las mañanas. Ahí trabajaba él tardes y noches en vecindad con Miguel López Azuara. Ambos eran responsables de las páginas editoriales del periódico desde que Julio Scherer subió como director. Su lugar era un ceñido doblepiso al que los reporteros llamaban —con insidia— “el tapanco de los enanos” —no eran tan chaparros para merecer-

lo—, o “el tapanco de los Migueles”, en su versión menos burlesca.

En aquel escritorio preparé durante dos meses mi proyecto mientras él me coucheaba: que sí, que no, que lo demás. Él, que corregía los artículos ajenos y que escribía con impersonalidad los editoriales del periódico —porque los editoriales deben ser impersonales, era el código, el mandato— hizo de ese estilo el propio estilo del diario y a la vez, un poco, pienso, su propio estilo personal. Él, Miguel Ángel, con su experiencia, supo qué articulistas recomendarme para el nuevo semanario. Que Eduardo Lizalde, llámalo, que Luis González de Alba, que el dominico Tomás Gerardo Allaz —la única persona que se asomó de veras a sus entrañas.

Miguel Ángel, pues, llegaba por la tarde a su escritorio cuando yo ya no estaba, o a veces más temprano si el director lo urgía. Julio depositaba en él su absoluta confianza. A veces lo asediaba: *Usted será, licenciado, el director de Excelsior cuando yo me retire.*

Poco a poco nos volvimos amigos cuando aquella *Revista de Revistas* comenzó a funcionar. Le consultaba todo. Cada número pasaba por sus ojos y sus juicios funcionaban casi siempre como la última palabra.

Comíamos con Garibay o cafeteábamos en el Palermo de la calle de Humboldt pero sin abrirnos el alma de no ser en temas de la fe religiosa. Él ya iba de salida. De aquellos devaneos con la democracia cristiana se fue volviendo agnóstico y agnóstico murió hasta donde yo alcanzo a suponer.

Entonces vino el golpe de *Excélsior*. Miguel Ángel recelaba y celaba a Regino, gran amigo de Julio, pero nada ni nadie podría detener la traición porque el duro trancazo llegó de presidencia. Tiempo después lo comenté con Julio. Porque Regino, Julio, era tu amigo ¿no? *La traición sólo viene de amigos*, respondió Julio Scherer. El crimen que llega desde afuera no es traición. Ahí está Judas con Jesús, ahí están Bruto y Julio César.

Cuando aún no veíamos el futuro y *Excélsior* se cimbraba en el acoso, teníamos la esperanza de vencerlos en aquella asamblea que se ideó para echar al director. Nos preparamos dizque bien, con reuniones continuas de escritores de la sección editorial en casa de Manuel Pérez Rocha o en la mía o en la de otros, o en la del mismo Miguel Ángel allá en Adolfo Prieto con Isabel y sus hijos revoloteando en los muebles. Enrique Maza. Paoli. Ibargüengoitia. Raquel Tibol. Se proponían estrategias mientras él informaba de la invasión golpista de falsos campesinos a Paseos de Tasqueña, de los ardidés ocultos de Regino y los suyos, de Echeverría detrás, siempre detrás, es decir: por delante.

Teníamos una carta para hacerlos pedazos: Miguel Ángel. Él hablaría por todos ante los cooperativistas y con su verbo y su razón delataría la trampa. No se pudo. Ni siquiera lo dejaron pronunciar las primeras palabras de un discurso. Y salimos de aquella ratonera, el salón de talleres. Ya sentimos, carajo, nuestra casa tomada. Golpeadores. Sicarios. Policías disfrazados.

Fue entonces, al rato, cuando en ese despacho de Julio atiborrado de fieles, alzó su voz en grito Miguel Ángel: *¡Que cada quien asuma su responsabilidad!* —rugió—. *Yo la asumo y me voy.*

Nos fuimos todos de Reforma dieciocho para siempre

Vino después la gesta de *Proceso*. Me limito a glosarla como la gran revancha contra el poder. La valentía de Julio, su osadía, fue secundada y exaltada por el tozudo Miguel Ángel. Mi amistad se acendró con él, como con Julio, hasta llegado el momento —seis meses funcionando la revista— en que el brazo derecho de quien era algo así como una metáfora del padre, el padre que no tuvo en su niñez, decidió separarse para seguir, enteramente huérfano, la propia vida suya.

Yo me enojé, me resentí, y dejamos de hablar-nos, frecuentarnos, durante poco más de treinta y cinco años. Su vida cada quien por diferentes rumbos aunque igual convicción: una misma y secreta coincidencia del ser y del hacer.

Me enorgullecían sus éxitos en dondequiera que impuso su presencia: *Cine mundial*, *unomásuno*, *Siempre!*, *La Jornada*, otra vez en *Proceso*. Me dolían sus deslices: el querer llegar a ser gobernador, que no lo fue para salud de todos, o el olvidar de pronto legados primeros o postreros de su mentor profesional. Pero se impuso a golpes de trabajo la coherencia: su tesón, su lucidez, su convicción de que él era, antes que nada, un líder de opinión.

Lo admiré sobre todo cuando ganó por fin su libertad total que lo hizo depender tan sólo de sí mismo. Por eso lo acosaron reflectores, premios,

entrevistas, homenajes. Por eso se ha escrito de él en todas partes. Por eso estamos aquí valorando esa larga batalla del periodista, el escritor, el analista político, el maestro. Hombre como el que más, amigo para mí, hermano en esos ya lejanos desgarres de mi vida. Esos que hoy me hacen recordarte y despedirte Miguel Ángel —en el retortijón frente a la muerte— con ese verso de Miguel Hernández que me suena a epitafio: “Compañero del alma, compañero.”

Vicente Leñero

SOBRE MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Lo recuerdo todavía como la primera vez que lo vi, hace ya más de veinte años: un hombre más bien pequeño, con anteojos, pelo y barba entrecanos, con una sonrisa amable, vestido siempre de negro, mirando abiertamente a su interlocutor pero sin arrogancia sino más bien con simpatía. Primero me llamó por teléfono para invitarme a participar en su programa matutino de radio, “Plaza pública” (cuando se difundía por Radio Educación) con una entrevista. Yo acepté, más intrigado por conocer el origen de la invitación que por la oportunidad de transformarme repentinamente en un personaje famoso entre los fans de “Plaza pública”, que seguramente éramos millones...

Acudí a la entrevista en la mañana del día convenido, en las raquíticas instalaciones de Radio Educación, y para mi sorpresa y gran satisfacción todo estaba listo, con modestia pero también con eficiencia. La entrevista resultó no sólo indolora sino divertida, pues Miguel Ángel la condujo con

espontaneidad y gran discreción, haciendo preguntas inteligentes sobre mis ideas y trabajos, sobre mi persona y mis convicciones, sobre mi historia y mi visión del futuro. Al terminar la entrevista nos despedimos con la sensación (por lo menos por mi parte) de que ya éramos buenos amigos.

Volví a encontrar a Miguel Ángel muy pronto, ahora en compañía de su esposa, en las temporadas de conciertos de la UNAM, en la Sala Nezahualcóyotl, los sábados en la noche. Mi esposa y yo siempre celebramos el encuentro (aunque con frecuencia fue muy breve, pero también muy afectuoso), y la coincidencia de nuestras opiniones sobre la calidad de la experiencia musical que íbamos a disfrutar, y a veces hasta la que ya habíamos disfrutado. Para entonces mi esposa y yo ya éramos adictos al programa de radio “Plaza pública”, que escuchábamos todos los días de trabajo en las mañanas, mientras íbamos en camino, primero a la Ciudad Universitaria, en donde estaba nuestro laboratorio, y después al Hospital General, cuando nos cambiamos a esta institución de salud pública.

En 1987 yo había ingresado como miembro de número a la Academia Mexicana de la Lengua, lo que disfrutaba grandemente debido a mi antiguo interés en nuestro idioma. Cuando en 2007 se abrió una vacante en la membresía de esa corporación, que tradicionalmente reúne a un grupo profesionalmente heterogéneo pero uniforme en cuanto a su demostrado amor y respeto por nuestro idioma, pensé que Miguel Ángel podría ingresar en nuestra Academia como un digno representante del buen decir en el periodismo y en los medios radiofónicos.

Aprovechando uno de nuestros breves encuentros en un concierto de la UNAM en la Sala Nezahualcóyotl, le pregunté si aceptaría ser propuesto como candidato a ingresar a la Academia Mexicana de la Lengua. Sorprendido al principio, después aceptó con una sonrisa llena de escepticismo, que resultó completamente injustificado, porque cuando presenté su candidatura en la siguiente sesión plenaria de nuestra Academia fue recibida con entusiasmo y apoyada por todos los miembros asistentes. Miguel Ángel fue elegido el 28 de febrero de 2008 y tomó posesión el 14 de mayo de 2009, ocupando la silla XXIX, que antes había correspondido a don Ángel María Garibay y a don Ernesto de la Torre Villar.

Cuando murió Miguel Ángel se inició la publicación de numerosos homenajes y la organización de muchas conferencias en su honor, como ésta en la que estamos ahora, y seguramente habrá otras más. Yo he leído algunos de esos textos y en todos ellos se exalta la honestidad, el valor cívico, la claridad y la puntería de Miguel Ángel como periodista; su excelencia como comentarista radiofónico; su militancia juvenil en la izquierda cristiana y su postura política liberal de siempre. También se menciona su gran prestigio como ciudadano insoportable, su reconocimiento con la medalla Belisario Domínguez por el Senado de la República, y su discreto estoicismo cuando hace unos tres años se enfrentó a la enfermedad que finalmente le causó la muerte.

Todo esto y mucho más se ha dicho y se dirá de Miguel Ángel, pero yo quiero comentar brevemente

los dos aspectos de su personalidad que se mencionan poco, o de plano se ignoran, pero en los que tuve la satisfacción de participar durante los pocos años que compartí con él.

Ya mencioné la melomanía de Miguel Ángel. En algún escrito reciente sobre él se señala que disfrutaba mucho la música popular mexicana, y que en su juventud incluso no “cantaba mal las rancheras”. De eso no sé nada, pero en cambio no faltaba los sábados en la noche a los conciertos de la UNAM y de la Orquesta Sinfónica del Palacio de Minería. Como Miguel Ángel y su esposa llegaban temprano, igual que mi esposa y yo, aprovechábamos unos cuantos minutos para comentar las obras que íbamos a escuchar, o bien nuestras impresiones del concierto anterior, o hasta relatos rápidos de los viajes que todos los años hacíamos mi esposa y yo a las Festtage, de Berlín, o al Festival de Música de Cámara, de San Miguel Allende. Poco a poco quedó claro que Miguel Ángel prefería la música de los románticos alemanes —Haydn, Mozart, Brahms, Schubert, y Mendelssohn, hasta llegar a Bruckner— pero que su favorito era Beethoven; algunas sinfonías de Mahler también le gustaban, y Rachmaninoff pasaba la marca, pero hasta ahí llegaba la música del siglo xx; Shostakovitch le parecía un escandaloso, y no digamos Bartok o Mario Lavista. En alguna ocasión escuchamos un programa que concluía con el concierto para corno y orquesta de Richard Strauss, y mi esposa y yo observamos cuando Miguel Ángel y su esposa abandonaron sigilosamente la sala de conciertos, antes de que terminara el primer movimiento. En otra ocasión,

cuando mi esposa y yo les contábamos a Miguel Ángel y a su esposa nuestra experiencia de haber escuchado seis óperas de Wagner en seis días consecutivos, en Bayreuth, en Alemania, Miguel Ángel nos dijo, con una sonrisilla de conmisericordia: “es que ustedes deben ser masoquistas”. Ya mencioné que le gustaba Bruckner, a pesar (según recuerdo que nos decía) de la manía de este creador musical de buscar la manera de parecerse a Wagner, “por fortuna —nos dijo—, sin lograrlo”.

Ni siquiera cuando su enfermedad (y el tratamiento) empezaron a hacer estragos en su apariencia física, dejó Miguel Ángel de asistir regularmente a los conciertos de la UNAM. Yo dejé de hacerlo a partir de febrero del 2008, cuando murió mi esposa. Pero seguí viendo a Miguel Ángel cada quince días, en las sesiones plenarias de la Academia Mexicana de la Lengua, a la que ingresó en ese mismo año. Llegaba puntual a ocupar su silla, portando un pequeño salvavidas que colocaba en el asiento, para aliviar un poco la tortura de los que en cada jornada debemos pasar muchas horas sentados. Con frecuencia yo lo veía llegar justo cuando íbamos a iniciar la sesión plenaria; su silla en ese recinto estaba casi enfrente de la mía, del otro lado de la gran mesa alrededor de la cual nos sentamos, y lo saludaba con un ademán silencioso, que Miguel Ángel respondía con un gesto de aceptación y una sonrisa amable. Durante el receso de la sesión Miguel Ángel y yo aprovechábamos la oportunidad para actualizarnos en dos temas de interés mutuo: la política en la UNAM y la música. Nunca nos alcanzó el tiempo para cubrir ambos temas, pero que-

damos convocados para continuar con nuestras pláticas en las siguientes sesiones plenarias de la Academia.

Yo fui un testigo profesional —ya que soy médico— de la evolución de la enfermedad de Miguel Ángel. Cuando se le hizo el diagnóstico y se puso en manos del especialista en oncología (a quien conozco y me consta que es uno de los mejores de ese gremio), el aspecto físico de Miguel Ángel cambió radicalmente: perdió mucho peso, le aumentaron las arrugas de la cara (siempre tuvo muchas), y estrenó un color amarillento de piel. Su enfermedad hacía estragos en su persona, agravados por los efectos colaterales (indeseables pero inevitables) del tratamiento al que estaba sometido. Pero no dejó de ir a la Academia y de participar en sus actividades; de hecho, funcionó como miembro del Consejo Asesor de Estilo de la Fundéu (Fundación del Español Urgente), y además cumplió fielmente con todas sus obligaciones académicas, leyendo, en las fechas que le fueron asignadas, sendas contribuciones originales sobre nuestra lengua.

De pronto, hace como un año, el aspecto físico de Miguel Ángel cambió de nueva cuenta: ganó peso, se le avivó la mirada, disminuyó el color amarillento de su piel, y su conversación se hizo otra vez chispeante e instruida. Estaba respondiendo positivamente a la quimioterapia, lo que también podía percibirse en el tenor de sus programas radiofónicos y en sus artículos periodísticos en el diario *Reforma*. En la Academia todos estábamos felices con la mejoría de Miguel Ángel, aunque yo sabía muy bien que era transitoria y que sería de corta dura-

ción. Y así fue. Un día, don Fausto Zerón (nuestro Gerente en la Academia Mexicana de la Lengua), me avisó que Miguel Ángel había sido hospitalizado con el diagnóstico de neumonía, una complicación no rara y frecuentemente letal en sujetos sometidos a quimioterapia, que deprime la respuesta inmune y facilita las complicaciones infecciosas. En menos de una semana la neumonía de Miguel Ángel se controló y salió del hospital, pero también en menos de otra semana la situación volvió a agravarse y esta vez fue la última. Dos días antes de su muerte apareció en el diario *Reforma* su último artículo, en donde al final se despide de sus lectores, reiterando su creencia en la vida después de la muerte, porque dice: “volveremos a encontrarnos”.

Ojalá que Miguel Ángel tenga razón, aunque yo lo dudo. Confieso que mi duda no está mejor justificada que la creencia religiosa de Miguel Ángel en la inmortalidad. Pero si finalmente yo estoy equivocado y él estaba en lo cierto, no sólo anticipo hoy el privilegio de volver a encontrarlo a él, sino también el de que juntos tengamos contacto y hasta cierta amistad eterna con Mozart, Schubert, Beethoven y, ¿por qué no?, hasta con Shostakovich.

Ruy Pérez Tamayo

UN BALANCE CRÍTICO DE
MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

¿Se puede añadir algo, algo original, por supuesto, al cúmulo de elogios de que ha sido objeto la labor ejemplar de Miguel Ángel Granados Chapa? Es difícil, por no decir que imposible. Han hecho su elogio, ante todo, quienes coincidieron con él en sus múltiples esfuerzos periodísticos; los que fueron, pues, sus compañeros en los diversos espacios en donde rindió sus mejores frutos. No es mi caso. Por varias razones, la vida de Miguel Ángel y la mía no coincidieron ni en el tiempo ni en el espacio. Debo decir, empero, que siempre admiré su trabajo, analítico y ponderado, y que me sentía calurosamente obligado a leerlo en las páginas del periódico que escribiera y que me era necesario oír sus sensatas reflexiones en el espacio radial de su “Plaza pública”. Apenas en los últimos años, nuestras vidas se trenzaron en la Academia Mexicana de la Lengua, a la que aportó sus juicios y su sabiduría.

¿Me atreveré a establecer un balance de su labor? Al menos, lo intentaré, no sin cierto temor.

Antes que ninguna otra cosa, me urge decir que Miguel Ángel era un periodista profesional; un periodista de cepa; por lo tanto, de tiempo completo.

Es cierto, había estudiado la carrera de derecho; pero, hasta donde sé, jamás litigó ni ejerció esa profesión. La carrera de derecho le proporcionó, sin embargo, creo, una estructura fundamental que le permitía ver los aspectos opuestos de cualquier cuestión que examinara: sabía sopesar los argumentos, incluidas todas las razones del adversario. Poco a poco y a medida que avanzaba en edad (y en sabiduría), sus artículos respondían a razonamientos cada vez más sólidos. No era, pues, nunca lo fue, un informador, como se dice ahora, sino una conciencia crítica. No son pocos quienes lo han llamado el Zarco de nuestro tiempo. En este sentido, se convirtió en un paradigma, en un ejemplo lúcido, en una referencia obligada en el periodismo nacional: por su honestidad, por su capacidad de investigación, porque sus juicios estaban siempre apoyados en hechos que él mismo desmenuzaba en sus diversos aspectos, en tanto que veía en ellos al propio tiempo su luz y su sombra.

Creo que en su vida profesional, permítanme decirlo de esta manera, hay dos aspectos, paralelos, sí, pero divergentes. Por una parte, su admirable trabajo de creador de una sólida masa de conciencia crítica, es decir, su labor de analista. Por otra, sus empeños editoriales, sus esfuerzos, no siempre fructuosos, por consolidar empresas de información. A medida que estos empeños se frustraron; en medida que su trabajo por consolidar órganos colectivos a los que entregó su esfuerzo lo aparta-

ron de su seno, Miguel Ángel siguió un camino de superación personal que lo condujo al primer sitio, profesionalmente hablando, del ejercicio periodístico. Tal vez lo pueda decir de otro modo: cuando Miguel Ángel se apartó de sus afanes de organización colectiva, aun cuando nunca por sus propios deseos, llegó a la cima de su escritura. En algún momento, pongo por caso, sufrió la tentación del político activo y quiso ser gobernador de su Estado natal: perdió las elecciones y se sirvió de una frase memorable, llena al propio tiempo de resignación y de ironía, para explicar su fracaso: “tengo más lectores que electores”.

He dicho que sus esfuerzos por crear órganos colectivos se frustraron. ¿Por qué? Salió de *Excelsior*, junto con muchos de sus compañeros, el 8 de julio de 1976. Se ha dicho que ese hecho fue propiciado por el gobierno federal. No intento, ni por asomo, contradecir esa opinión, que semeja ya un lugar común y un hecho juzgado. Empero, intentaré ofrecer una versión un tanto matizada de aquel acontecimiento que marcó un hito en el periodismo nacional. Algún amigo le preguntó a Miguel Ángel, poco después de esos acontecimientos, si habían preparado adecuadamente la asamblea, o sea, si habían realizado un trabajo de convencimiento en la base de la cooperativa. Le respondió que no; el amigo le dijo que las asambleas se ganaban antes de que se realizaran y añadió algo así como esto: “vence el que convence”.

Lo cierto es que todas las empresas periodísticas padecen una esquizofrenia estructural: son, por un lado, industrias estrictamente intelectuales,

formadas por los reporteros, los fotógrafos, los editorialistas, los directivos; y, por otro, son unas industrias de las artes gráficas. Una actividad guarda estrecha relación con la otra, pero son diferentes, de modo que en México existen dos cámaras que se dividen en dos industrias separadas. Sin embargo, en nuestro país, los periódicos han sido considerados, antes que otra cosa, como la imprenta, el taller, las rotativas. En una cooperativa, como lo era *Excélsior*, los dos aspectos eran uno solo y el voto de un trabajador de talleres valía lo mismo que el voto de un reportero estrella o que el voto del propio director. Para que una agresión como la que se produjo en 1976 pudiera fructificar, era necesario que se dieran las condiciones internas adecuadas: el cuerpo enfermo acepta como huésped al virus; el sano lo rechaza. Debo añadir que fui director de la revista *Plural* durante largos años y que ejercí, desde las páginas del *Excélsior* donde ya no estaba Granados Chapa, por cerca de veinte años, la función de editorialista en la página siete, primero, y en la primera plana después. *Excélsior* vivió veinticuatro años más como cooperativa y a ella pertencí: guardo todavía, de un modo simbólico, mis aportaciones, que tienen el valor monetario del papel en el que fueron impresas, o sea, un valor nulo: cuando la cooperativa se vendió a un particular, no recibí ni un solo centavo por ellas.

El gobierno federal pudo haber alentado la agresión, no lo dudo, pero ésta rindió frutos sólo porque la cooperativa estaba escindida en dos bandos contrarios e irreconciliables: por un lado, los reporteros y los trabajadores intelectuales; por otro,

los trabajadores de talleres y administración. Se ha puesto el acento en el papel del gobierno federal y se ha considerado que su acción fue ilegítima. No cabe duda alguna. Al año siguiente, el nuevo gobierno federal ofreció, a quienes habían salido de *Excélsior*, la posibilidad de su regreso. De manera abierta, por lo tanto, se anunció la intromisión del gobierno federal en la cooperativa para apoyar al grupo que había sido expulsado. Algunos aceptaron la oferta; otros la rechazaron. Debo decir que tan ilegítima fue una acción como la otra. La segunda no fructificó porque la cooperativa rechazó el intento.

¿A donde voy con esta enumeración? Sólo a esto: Miguel Ángel formó parte de una empresa cooperativa que creó una revista; esa revista, al cabo de unos meses, quedó en manos de una sola persona y Miguel Ángel se apartó del proyecto; luego, se integró a otra empresa para dar vida a un periódico: poco después, la cooperativa se volvió propiedad de una sola persona y Miguel Ángel se alejó de sus antiguos amigos. Inmediatamente nació otra aventura colectiva y Miguel Ángel, como siempre, sumó con gran entusiasmo sus ideas y su trabajo a la empresa. Poco a poco, quedó al frente de la empresa un grupo reducido y, una vez más, Miguel Ángel abandonó el empeño. Luego fundó una revista, sin demasiado éxito. Más tarde, creó un órgano de crítica bibliográfica y, finalmente, se dedicó a la tarea en la que era un verdadero maestro: liberado de tantos afanes organizativos, empleó su tiempo en redactar textos paradigmáticos y en hacerse oír en el espacio de Radio UNAM.

Esta labor ejemplar le dio resultados óptimos, obteniendo así los dos reconocimientos supremos que pueden darse en México por una tarea como la suya: el Premio Nacional de Periodismo por artículo de fondo y la Medalla Belisario Domínguez, pocas ocasiones, como en su caso, tan justamente otorgada por el Senado de la República. Rindo, aquí y ahora, un tributo de admiración a su trabajo ejemplar.

Jaime Labastida

CAMINOS ENCONTRADOS, CAMINOS HECHOS

La noticia ya no es fresca —si aún vale el adagio sobre la fugacidad de los diarios, incluso el pescado envuelto en un ejemplar del lunes reciente ya no lo es— pero para mí sigue siendo de una novedad pasmosa.

Hace una semana Miguel Ángel, o lo que quedaba de él, seguía con nosotros y en cambio hoy estamos intentando habituarnos al vacío que de golpe nos legó. El mazo de la muerte, que dada la condición de salud de mi padre necesitó sólo de un golpecito para sacarlo de entre los vivos, parece haber aporreado un gong, cuyo estruendo resuena todavía en los oídos de mi ánimo. Al momento de preparar estos párrafos descubro que el consabido nudo en la garganta se mudó a mis dedos. Rígidos, los tendones se niegan a mover las yemas sobre el teclado. Y como las articulaciones desconocen el arte del carraspeo, no logro aclararme la voz escri-

* Publicado en el periódico *Reforma* el 23 de octubre de 2011.

ta, esa que sale en forma de caracteres de imprenta, por lo que creo que fue una irresponsabilidad aceptar la invitación de *Enfoque* a colaborar en este número. Pero hay algo terapéutico en este ejercicio y por ello agradezco haber sido convocado.

La vida es una ristra de decisiones. Insignificantes casi todas, unas cuantas destacan porque marcan el rumbo de navegación y dan forma a lo que uno es. La que Miguel Ángel tomó en los últimos días —no aferrarse a la vida— es dolorosa y nada fácil de aceptar, aunque cualquiera puede persuadirse con el silogismo que va de las premisas —no hay remedio al deterioro causado por el cáncer, que impide todo disfrute e impone acres dolores— a la severa conclusión. Conocí el poder por momentos sobrehumano con que mi padre acometía sus deberes, la devoción con que atendía sus aficiones —gastronómicas, literarias, musicales—, la intensidad casi viciosa con que cumplía sus compromisos en el ágora; conocí también el declive corporal que iba postrándolo, sin atender por suerte contra su juicio —imagino que sus malquerientes bromearán con que ese daño había ocurrido mucho tiempo atrás—. La diferencia entre esos dos seres, que no es más que el contraste natural entre las edades del hombre, contribuye a explicar por qué ese redactor de su propia biografía eligió, con firmeza pero con discreción, que llegara el punto final.

Para la mitología familiar, esta elección resulta extrañamente predecible. Miguel Ángel quiso empuñar desde muy joven el manubrio de su vida, así fuera para conducirla por caminos de difícil tránsito. Una leyenda casera cuenta cómo, ya en

la cola para hacer el trámite, el adolescente suplicó a su madre que no lo inscribiera en la vocacional sino en la preparatoria, que para la realidad de esa nada acaudalada familia pachuqueña de los años cincuenta era un lujo o, peor, un desperdicio. Conmovida por los argumentos de su hijo, doña Florinda declinó sus planes de construir un sólido porvenir merced a una carrera técnica y permitió que el voraz estudiante encauzara su destino hacia la formación universitaria. Ese giro drástico hacia un futuro incierto, producto de la intuición y la osadía de un jovencito, habría de constituirse en el germen de su desempeño laboral.

Menos festivo fue el día en que Miguel Ángel optó por saltar al vacío pocos meses después de contribuir a la fundación de *Proceso*, salto que lo colocaría, gracias al salvavidas providencial que le arrojó Luis Javier Solana, en la mejor de las rutas posibles. Tras haber acompañado a Julio Scherer en el exilio a que los condenó el golpe a *Excélsior*, y tras haber sido un engrane crucial para que el semanario viera la luz, Miguel Ángel cometió una especie de suicidio profesional a mediados de 1977: se apartó del que entonces era el único espacio donde podría haber ejercido plenamente el periodismo. No es posible desmigajar todos los sentimientos y los juicios —vanidad, frustración, deseo de ir más allá de donde Scherer quería ir, necesidad de aires nuevos aunque estuvieran viciados— que lo llevaron a internarse deliberadamente en el desierto; en *Los periodistas*, Vicente Leñero se mofa con gran acierto del amenazante aviso “me voy” que a menudo hacía Granados Chapa, amenaza que el propio novelista

trató de desactivar —“cometerás la equivocación de tu vida, Miguel Ángel”— pero que terminó por exasperarlo. Huérfano voluntario, Miguel Ángel aceptó entonces la invitación de Solana para escribir, en *Cine Mundial*, la columna diaria que treinta y cuatro años después le sirvió para comunicar su retiro, tanto del oficio como de la vida misma.

Sin ser bibliófilo, Miguel Ángel amaba los libros, al punto de que coqueteó con la idea de usar un *ex libris*. No sé si llegó a imaginar un diseño para el rótulo que anunciara que tal o cual ejemplar le pertenecía, pero conozco la frase que habría aparecido en él y que subsiste, manuscrita, en algunos volúmenes de su biblioteca: *Aut viam inveniam aut faciam*, el latinajo que se atribuye a Aníbal en su afán por cruzar los Alpes a lomos de elefante. “Encontraré el camino o lo haré”, se dijo Miguel Ángel al escoger su educación media superior; lo repitió al abandonar las filas de Scherer. Ésa es la convicción que aparece en la última frase que escribió.

Tomás Granados Salinas

LOS COLABORADORES

Fernando Serrano Migallón

(ciudad de México, 1945) Abogado, historiador y ensayista. Tiene una amplia trayectoria como catedrático y servidor público. Es miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua.

Vicente Leñero

(Guadalajara, 1933) Narrador, dramaturgo y periodista. Recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y literatura en 2001. *Los albañiles* (1963), *Los periodistas* (1978) y *La inocencia de este mundo* (2000) son algunos de los títulos que comprenden su vasta obra.

Ruy Pérez Tamayo

(Tampico, 1924) Médico, investigador y divulgador de la ciencia. Recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Ciencias Naturales en 1974. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua.

Jaime Labastida

(Los Mochis, 1939) Poeta, ensayista y editor. Recibió en 2008 el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y literatura. Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua y de la Sociedad Alfonsina Internacional. *Animal de silencios* (1996) es uno de sus libros emblemáticos.

Tomás Granados Salinas

(ciudad de México, 1970) Narrador, editor de la Gaceta del Fondo de Cultura Económica. Ha escrito, entre otros, *Olvidos memorables* (1996).

Miguel Ángel Granados Chapa (1941-2011), editado por la Facultad de Derecho, se terminó de imprimir en junio de 2013 en los talleres de Fuentes Impresores, Centeno 109, Granjas Esmeralda, Iztapalapa, 09810, México, D.F., teléfono 5582-2126. En su composición se utilizaron tipos Kozuka Mincho, Bookman Old Style, *Zapfino* y NEW YORKER TYPE. Tipo de impresión *Offset*, las medidas 13.5 x 21 cm. Los interiores se imprimieron en papel Cultural de 90 grs. y los forros en cartulina Couché de 200 grs. La edición estuvo al cuidado de Claudio Vázquez Pacheco y consta de 1000 ejemplares.

